



SOLILOQUIO:  
 QUEXAS  
 DE AMOR  
 Y SILENCIO.

*Compuesto por Don Eugenio Gerardo Lobo.*

Aquí, donde solo puede  
 de mi dolor ser testigo  
 aquella leve porcion  
 del ayre, que el pecho mio  
 recibe para congoxa,

buscándolo por alivio,  
 pues ántes de ser aliento,  
 tiene forma de suspiro:  
 aquí, donde separada  
 del tráfigo y del bullicio,  
 la

107

la imaginacion al tiempo  
detiene lo sucesivo;  
pues entre la soledad,  
bienquista con el martirio,  
para eternizar las penas,  
hace los instantes siglos:  
rompan mis amantes, fieles,  
dulces querellas los grillos,  
que en la cárcel del silencio  
renaz puso á mi alvedrío  
la severa, porfiada  
sinrazon de mi destino.  
Salga esta vez al teatro  
de la justicia el delirio  
de mi culpa: que si el necio,  
frágil, temeroso, tibio,  
torpe y balbuciente labio,  
cobardemente remiso,  
no puede decirlo en voces,  
podrá explicarlo en gemidos.  
Y tú, bellissima imagen,  
que en el siempre triste, altivo  
altar de mi fantasía  
te puse, quando al esquivo  
ingrato original tuyo  
pude retratar los visos,  
al óleo de mi esperanza,  
ò al temple de sus desvíos:  
ya que tiene el duro, indócil  
cordel del tormento mio  
en el potro de la angustia  
al corazon oprimido;  
escucha ante el riguroso  
tribunal de tus oidos  
el infeliz, disculpable  
proceso de mis delitos.  
Yo me rendí á la violencia  
del mas hermoso prodigio  
de la crueldad: ¿fue en mí culpa  
ser cobarde? No, que fino,

con amar solo, autoriza  
sus esfuezos un rendido.  
Pues si un rendimiento es deuda,  
que se debe al peregrino  
objeto de la hermosura,  
en cuyo ser han podido  
hasta los mismos desprecios  
ser amables desperdicios:  
en qué de mi rendimiento  
consiste la ofensa? ha sido,  
por ser improporcionada?  
No hay duda: que es tan divino,  
tan soberano, tan sumo,  
tan sin segundo, tan digno,  
el ídolo, a quien postrado  
todas mis ansias envío,  
que entre su templo y mi culto,  
su deidad y mis suspiros,  
se miden los dos extremos  
de la nada y lo infinito.  
Pero cuándo, ay triste! cuándo  
no ser el tributo digno,  
es razon para el desprecio?  
No es irrevocable, antiguo  
privilegio, que las damas  
tengan tan sacro dominio  
sobre la naturaleza,  
que nadie desvanecido,  
para merecer favores,  
pueda blasonar servicios?  
Pues siendo así que lo humano  
desmerece á lo divino,  
y tan distante del cielo  
está el valle como el risco;  
por qué, por qué en la oblation  
de estos obsequios precisos,  
la inmunidad de los otros  
no han de conseguir los míos?  
Hay alguna circunstancia  
que los desdore? Imagino  
que

que es su pobreza , y lo creo,  
que en el tribunal del siglo  
la hazña en el poderoso  
es culpa en el abatido.  
Mas no creo : que es bastarda  
infel presuncion del juicio,  
imaginar que en los nobles  
amorosos desvarios  
desautoriza las aras  
la humildad del sacrificio.  
Pues en qué está mi desdicha ?  
En el modo de decirlo ?  
Bien puede ser , que soy necio,  
y al fin como inadvertido,  
lo que acertase en la ofrenda,  
habré errado en el estilo.  
Mas no puede , que el amor  
juez de afectos y sentidos,  
donde están las realidades,  
desprecia los artificios.  
Falta otra prueba ? Si falta:  
como adoro ? Como fino,  
como humilde y como atento:  
porque si el constitutivo  
de la fineza es amar  
sin esperanza ; testigo  
es toda la ardiente hermosa  
república de zafiros,  
que desmintiendo la innata  
propension del apetito,  
à la esfera del deseo  
jamás llegó el alvedrío:  
como humilde , porque amo  
de suerte , que confundido  
en mi desmerecimiento,  
aun del desden me imagino  
incapaz ; y así discurro,  
que no pago en mis martirios  
con el ansia de adorarlos  
la dicha de recibirlos;

como atento , porque apenas  
de mi dolor convencido,  
para lisonja del ayre,  
alguna cláusula animo,  
quando temiendo violar  
la esfera de sus oidos,  
fallece en lo vergonzoso  
lo que nace en lo atrevido.  
Pues en qué , fortuna airada,  
en qué ofenderte han podido  
las reverentes porfias  
de la adoracion que he dicho ?  
La he dicho ? pues qué pregunto ?  
de eso nace mi delito,  
de decirlo : porque es doble,  
falso , mañoso artificio,  
expresar el sentimiento,  
para buscar el alivio.  
Luego se alivia la pena  
con la expresion ? Es preciso,  
porque como necesita  
de afectos enternecidos  
el dolor , para explicar  
lo que padece el sentido,  
va usurpando à la congoxa  
lo que gasta en los suspiros;  
y así à la causa que adoro,  
quito una ofrenda , si quito  
al pecho el dolor que exhala  
por los ojos. Luego gimo ?  
tan poco es mi sufrimiento ?  
Si es mi dolor excesivo,  
qué puedo hacer ? Qué ? morir.  
Y con morir qué consigo ?  
Dar un triunfo a su hermosura  
y à mi soberbia un castigo.  
Morir de amor , fuera culpa;  
morir de tormento , indicio  
de cobardia : y no es  
mi afecto tan mal nacido,  
que

que despreciase en la muerte  
la nobleza del motivo.  
Pues morir de amor no puedo?  
Quién lo impide? El regocijo  
de ver que muero. Ya es eso  
buscar por donde el martirio  
falte al alma; y no le falta,  
que ántes se aumenta, pues vivo  
para ser siempre infeliz:  
y así fénix de mí mismo,  
el incendio en que me abraso,  
es pira en que me eternizo.  
La ocasion de padecer  
por el dueño amado, ha sido  
siempre dicha? No lo dudo.  
Siendo así, desacredito  
aquesta accion, á lo menos  
en la parte que me finjo  
quexoso de lo que sufro.  
Digo bien. Pero no digo,  
que en mis ansias no se quexa  
la razon: padece el juicio,  
y abraza lo que padece.  
Es claro: y bien abatido  
á todo lo racional,  
se quexa lo sensitivo;  
con que siendo en estos dos  
efectos controvertidos,  
la pena accion del discurso,  
la quexa ciego delirio  
del natural sentimiento,

que venza será preciso  
fineza que es eleccion,  
á culpa que no es arbitrio:  
Y así, bellissima imagen  
(otra y mil veces repito)  
que del templo de la idea  
autorizas el archivo:  
no digas, no á tu severo  
original, que atrevidos  
mis amantes pensamientos,  
á fuer de nobles testigos,  
en la causa de mis males  
declaradamente han dicho,  
que idolatro su hermosura,  
que aliento del beneficio  
de su rigor, sin mas fin,  
sin mas medio ó mas principio,  
que el adorarla; y si acaso  
(como que sale al descuido)  
algo quisieres decirle.  
dirásle tiene un cautivo.  
Mas no digas que soy yo,  
no se extienda el sacrificio  
á indignidad de su dueño,  
tan noblemente rendido  
á infelice cautiverio  
de sus desprecios divinos,  
que arrastrando la cadena  
de la esclavitud, rendidos,  
en la pared del silencio  
dexa colgados los grillos.

F I N.



Se hallará en Valencia en la Imprenta de Agustin  
Laborda, vive en la Bolsería.